

LOS CAÍDOS SIN SOLUCIÓN Y EL AMOR EN TIEMPOS DEL CÓLERA

Dra. Milagros Oregui Navarrete ¹

(La benevolencia de no hurtarse el deseo)

¿Podemos esperar que, no habiendo vuelta a casa, el trauma haga posible un exilio que aloje el amor por el otro?

Si en un naufragio, como ocurre en las películas y puede que también en el código de una justicia universal, se dice: *las mujeres y los niños primero...* ¿Qué significa este modo de hacer patente por principio que lo primordial es atender lo vulnerable del otro?

Por principio procedemos a actuar movidos por lo que nos precede, un otro, que posteriormente cede la voz a la herejía que funda la emergencia de lo nuevo de la criatura desvalida.

El trauma es una paradójica conjugación subjetiva entre el otro, que nos toca con su muerte, y la posibilidad de ver que nuestra muerte es otra. Como solo los poetas (García Lorca, *Yo vuelvo por mis alas*) saben decir: *Quiero morirme siendo, siendo amanecer. Quiero morirme siendo, siendo ayer.*

En principio, la ruptura con la fuente de todo es un naufragio que hallamos, caído y mudo, en el primer tiempo del trauma cuya causa es intraducible. Del hecho real, que toca a cada uno de un singular modo, parte la relación con el mundo, que será por principio un posterior proceder a dar voz al fundamento de la falta.

El trauma en la clínica es efecto del segundo tiempo, que cede la voz a la satisfacción inconsciente presente en el lazo con el otro. La

¹ Psicoanalista y Doctora en Psiquiatría (2008), con una tesis sobre: *Los obstáculos traumáticos en la gestación de la matriz psíquica*. Mail: milagros.oregui@gmail.com

voz del incurable dolor del trauma actúa desde el cuerpo, movido tanto por la cólera del abuso de la violencia del otro como por el coraje de un proceder contrario. El decir contrario es una alianza entre las criaturas desvalidas, que se unen por principio al acuerdo que diferencia los dos sexos. Lo femenino es lo que pone por delante al otro del sexo. El otro del sexo es la femenina ayuda contra el reino estéril de la unicidad, y pone por delante la voz benevolente de la falta que alienta el deseo, que busca amar y ser amado.

Quiero desentrañar en este artículo algunos malentendidos, entre lo que es, en principio, simiente de un trauma y que después procede a fecundar al otro, extranjero en la lengua del cuerpo. Lo que germina en el tiempo del sujeto dividido son las consecuencias de la experiencia de lo que toca a cada uno por el hecho de habitar en el país de los otros.

El trauma sopesa y deja entrever lo cegado o desenfocado por la mirada hacia un país de origen. El trauma es el lugar donde la diversidad de los otros implica fragmentos, que resuenan en el ser extranjero en su propia casa. Los fragmentos actúan contra la unicidad de un poder total, donde lo que domina es la rabia, el sentir que habita en la amenaza destructiva de una muerte que colonizó la flaqueza del cuerpo. La herida escinde el cuerpo que se vuelve esclavo, adherido al depredador, y se libera dando voz al coraje de asumir la fecunda separación de la sexualidad femenina. Por principio, la sexualidad femenina es una nueva alianza con el singular dolor de la pérdida, que frena al puro ideal nativo. Dividido por un antes perdido y un después que es potencia, el sujeto germina en la depuesta patria de la lengua extranjera; una lengua destinada a dar luz a un vulnerable cuerpo que habita la distancia que le separa del otro.

El cuerpo necesita justicia y amparo que muestren el valor de una palabra que alumbra. Lo que reverbera en las palabras son ecos de un hundimiento, entredicho, desde el dolor y la alegría de una misteriosa creación de la vida psíquica en cada uno.

A quienes empleamos la palabra para sanar, nos cuesta reconocer el umbral de la des-posesión del trauma, ya que es un don inaudito de la lengua. La lengua hace que sea sonora presencia el desierto de

un cuerpo dañado. Este don no es instrumento de comunicación, no se dirige a alguien, sino al principio de una enigmática creación del cuerpo sexual. El enigma es por principio lo que funda la condición de toda fecundidad en la pérdida de la unicidad, que abre el umbral de lo que se escapa al saber: ¿qué quiere cada mujer?

La pérdida del origen no se conoce, ni aún oculta se transforma en placer del sufrimiento, es forma de benevolente frontera amorosa con el otro, un pacto contra el odioso empuje de bastarse a sí mismo.

La criatura desvalida tiene un lazo invisible con una sexualidad femenina que se revela rebelde ante la destrucción de una omnipotencia que colonizó el cuerpo de la mujer y de la infancia. Este derrumbe se incorpora a la gestación de la criatura desvalida, que busca a ciegas la visión que coincida con la escucha de la aflicción que da nombre al cuerpo de la mujer y del niño, que cargan con el dolor de no ser amados. El cuerpo, que desea deshacer el dominio del efecto de un trauma, cuando se apodera del fruto de la creación de cada sujeto, ve que no todo queda anclado a un simple saber postraumático.

(La alianza entre las criaturas)

La verdadera escucha del trauma es una visión del alcance de la feminidad

Lo que da luz a la palabra que resuena en el agujero del trauma es lo que se aleja del rastro del ideal y deja los sexos y las generaciones bien separados. Por estar separados buscan la alianza que reúne a las criaturas.

El ideal de pureza despoja a la mujer de su justo deseo y la convierte en madre inmaculada que se consuela apropiándose del hijo.

Si la mujer desaparece por ser madre, el niño también deja de ser otro para ser un apéndice adherido al poder del ideal salvador.

La caída descentra, en principio, el ‘poder con todo’ y disuade al sujeto de la ilusión de un centro.

La voz que habla del amor a un otro es encuentro fecundo con el placer de la sexualidad, que no es ‘tú o yo’, y resuena en las entrañas de la falta de certeza donde el querer angustia. Los dos sexos buscan

reunir la potencia que bebe del desfallecer de la unicidad. Los dos sexos se buscan porque se produjo una ruptura que dejó el centro vacío, haciendo posible una multiplicación fecunda de encuentros, que acuerden una alianza que geste su fruto.

El individuo sonámbulo que edifica su meritorio vivir, sobre todo lo que oculta, esteriliza el misterio de la mujer y de la infancia.

En el fondo inmaculado está el espanto de la propia muerte y la desesperación que funde lo femenino con el peligroso mordisco seductor de la fatal serpiente. La doncella y la muerte bailan con máscaras que poseen el inmenso poder de la Gorgona, que petrifica con su protector escudo. Del arrebató de la muerte puede la mujer trabajadora dar cuenta, bajo el poder de un diablo amenazadoramente blanco que se come la patita del niño, como dice mi versión de una canción de cuna.

Duerme, duérmete negrito, mi niño, que tu mamá está en el campo, trabajando duramente; y si el negro no se duerme, viene el diablo blanco y... ¡zas!, le come la patita.

El poder del espanto hace a la madre pura unidad indisoluble con el bebé.

Una máquina que asiste a la única vía de existencia de salvación es la reproducción de niños: mudos, ciegos y sordos; unos buenos y monos herederos: domesticados, dóciles y obedientes.

(¿Haciéndole sufrir?)

Así es como impone un hombre su poder sobre otro

El tiempo de la mujer corre en contra del poder, que la enmudece, y es allí donde el trauma se rebela ante la exclusión del prometedor saber unívoco que instrumenta su misterio. El principio es ética de una alianza decente que separa al hijo de la madre, que tuerce ante el poder que empuja a engullirlo, a no ser ni niño, ni mujer. Niño que elige ser su destino, no ligado a la aflicción madre, que también ejerce su potencia al elegir ser mujer que tiene hijos o no.

El misterio de lo femenino es lograr acoger lo fecundo de la existencia, una compañía que frena el exceso de la omnipotencia, tanto en

el hombre como en la mujer, y va en contra del arrebató y del espanto de la posesión. Lo que penetra en la psique como un extraño cuerpo que nos coloniza y enmudece es un trauma, que, si logramos descifrar su voz, separa los cuerpos, las generaciones y los sexos, los que pretenden unirse en la alianza de las criaturas desvalidas. La voz de la verdadera alianza se gesta en la alteridad de lo otorgado con la muerte, y lo hace porque la vida es un inviolable don a pesar del dolor.

Lo que no tiene un dueño es la potencia del trauma, que transgrede la violenta penetración de un imperativo, el cual, mudo, encarna un ideal en la presencia supuesta al deber de saberlo todo.

En el fondo, la esperanza es la mujer separada del niño y, si esa voz liberadora jamás es pronunciada, el principio queda adherido a resucitar el final.

Fundidos en una única presencia que esteriliza el tiempo de la fecundidad, el 'sálvese quien pueda' es la fuerza de lo petrificado: una excitante inmersión en la tragedia de la cultura y de la brutalidad despiadada cometida en nombre de un ideal.

Este ideal es una espeluznante roca muda edificada sobre el horror a la castración, depositado en la tenaz exigencia del uso del cuerpo de la mujer niña y de una infancia expropiada como una tierra posesora. La historia continúa sin punto final para perpetuar la mentira tranquilizadora de una violencia secreta. Quien quiera el fin del dolor lo espera todo.

(La hermandad de los descreídos)

Primero los niños y las mujeres, son únicos ¿por no tener salvación?

Mi interés en escribir sobre el trauma es hacer un camino marcado por la escucha en la clínica de lo singular del sufrimiento, que en cada uno da voz a una alteración íntima que no comulga con la concepción de un sabio diagnóstico. El saber enmudece y re-victimiza lo que se impone a quien busca una solución salvadora.

¿Se puede sanar el resonar del dolor irreparable? En la transferencia se busca escuchar lo que sujeta la caída, que, sin solución,

transforma el encuentro con el otro. El sujeto cambia la relación con lo incurable de su gozo. Este es el efecto terapéutico que pone final al sufrimiento, dando valor al dolor de la falta, una castración que autoriza al sujeto a no poseer la verdad última. Forzar al sujeto a un careo que enjuicia la adhesión al poder de la última palabra, que es dada desde el saber de la dolencia, ¿cura? ¿Es posible exponerse de entrada a una redención que ponga fin a la partida transgresora que se juega en el misterio del trauma? ¿Qué ocurre si vuelve a funcionar la expropiación de la verdad del sujeto, de quien solo sabe de su ausencia? Y... ¿si el que padece se pliega a la única verdad de una presencia cautiva basada en hechos reales?

La expropiación tiene un rédito que hace al sujeto rehén de una vergonzosa traición. Esta traición es deudora de un ascenso meritorio que compensa el descendimiento con un triunfo apegado a un privilegio social. Lo que está inscrito en el trauma es una aventura triste y alegre del cuerpo, que, sin retribución, alcanza a reconocerse en los ecos de los extravíos.

El trabajo de análisis busca amparo en un modo de transferencia, que pone fin a la sumisión a un gran otro del saber. Abre una vía fecunda a la sujeción a la palabra, que habla de un dolor que amplía sus resonancias, sin tanto sufrimiento, en un lugar que compromete a la hermandad, aunque no de sangre

Confraternizar desde la posibilidad de hacerse cargo del daño, sin hurtarse el deseo, permite cambiar la desesperación por otro modo de encuentro del que se espera algo justo. Un encuentro que haga posible escuchar la voz que ampara la singular subjetividad, con el secreto que guarda el trauma para que no quede cautivo de un rédito salvador.

¿Cómo se inscriben el amor y el deseo en las relaciones que parten del cuerpo, que contempla la caída en un doloroso desfallecer que los enciende y atempera?

Nos encontramos ante lo desconocido, que nos empuja a un lugar ajeno donde no todo se entiende. La tristeza y el dolor se agitan con la caída que el cuerpo enlaza al sujeto, en cuyo amor se haya aliento para desalentar o enardecer un esclavo sufrimiento.

El deseo da voz al abismo que se siente en la diferencia de un principio fracturado, ante el precipicio de la pérdida y su relación en falta. Esta es otra forma de sentir miedo y alegría por la liberación que trae el desfallecer, que es también reconciliación del sujeto concebido en su división. El otro reclama un acuerdo para el desgarrar; entre la rabia y la esperanza se hace habitable el lugar extranjero que nos extraña. El encuentro real con lo desconocido es un verdadero final para la repetición, aunque no sea lo esperado.

El dolor llama a un decir que resuena en los ecos que subyacen a una realidad, que el poder absoluto de lo que hay mata porque queda sin decir lo anestesiado por lo omnipotente de un querer. El dolor es aquello que sucede mientras los hombres viven y trabajan, nuevas estrellas surcan el cielo y algo mudo se reserva una memoria corporal, como me sugiere Celan.

El cuerpo habla de un misterioso padecer en la cripta de un trauma, sin por ello dejar de dar voz a un siniestro duelo, que regresa para habitar entre los vivos.

La cuestión es el no saber qué se aloja en la potencia del sujeto, ¿incapaz o capaz? de pensar de forma distinta de como se piensa desde la obligación de una obediencia ciega.

¿Hay alguna manera de hacer posible algo que se manifiesta en lo perdido? La pérdida cayó a su paso, dejó un dolor. El pesar deja un rastro mudo que actúa en la perdición de los extravíos de un duelo que habla el idioma del cuerpo, buscando ambos, a ciegas, bordear lo imposible (Edipo).

El lenguaje, que desentraña otra forma de dar asilo a una criatura nueva, que no fue y es una ficción, nace de lo que solo podemos decir su ausencia. No hay en la realidad esta criatura, es algo real no representado que empuja a poner en juego una potencia por advenir. Es la potencia del deseo, que ni está toda predeterminada por la realidad visible del otro, ni por la autosatisfacción del yo, sino que es lo anclado al centro vacío de *lo que hay*. De esa criatura en camino hablaremos buscando pruebas de una existencia inconsciente, que fue quebrada por un hundimiento que descentra *lo que hay* y crea el vacío de *lo que no hay*. Hundirse en ese vacío nos lleva a soñar, y el

deseo pone en escena lo que no fue y es un anhelo de la facultad de soñar. El hombre vive soñando porque no es sueño.

La facultad de soñar derroca el poder omnisciente y deja ver el dolor del arrebatado de una realidad que cautivó la existencia de la criatura, que desea liberar su potencia. Una potencia que diferencia a quien la sujeta porque sostiene lo que no hay para ser alguien que sueña y no solo un sueño. El vacío está fijado, en cada uno, a lo que está enlazado al arrebatado del poder total de una realidad que dominó la existencia con un trauma que enmudece la potencia de una criatura desolada, vejada, reducida a puro actuar patético del fantasma. Esta existencia va dejando pruebas vertiginosas de un agujero tapado por lo que deja ver la huella presente en la presencia de un contexto, que hizo desaparecer al sujeto, que, sin embargo, reaparece en el individuo pleno del fantasma.

La existencia de esa extraviada criatura está enlazada a una presencia, que actúa cubriendo la ausencia, que pertenece a la verdad que centra la caída sin solución. Esta ausencia representa lo que se hará posible apertura de una frontera ante la metáfora de un padre de la ley, como acierta a expresar Kafka.

Esta presencia ante la ley que tuerce hace que la existencia sea diversa en su decir lo múltiple, lo fragmentado y contradictorio. Lo diverso del decir es una forma de potencia disidente, que derroca la ciega alteza por la vidente bajeza (Calderón de la Barca, 2017) para que se establezca un nuevo acuerdo.

Este acuerdo produce la natalidad de la criatura, que da voz a una existencia descentrada que se halla en una habitación ajena, sujeta ante la ley que da cobijo a la metáfora de lo que no hay en la realidad. La criatura descentrada habla de una experiencia de lo que ya no es una posesión unívoca, sino una marca de la presencia que vela por su ausencia ante una ley que le permite no ser todo sueño de un poder que le arrebató la existencia. La ley ampara una presencia simbólica, no encarnada en un amo, para hacer valer la representación del lugar vacío que enajena y empuja a cambiar la realidad del lenguaje.

La filosofía de Hannah Arendt conforma un pensamiento político que acoge lo verdaderamente siniestro que subyace bajo la radical amenaza de exterminio en la clave de una nueva concepción de la

natalidad. El nacimiento es ruptura con lo anterior y marca la fundación de lo nuevo tras la experiencia demoledora de la barbarie totalitaria, cuyo horripilante contexto ha resquebrajado nuestras categorías. Una nueva concepción late en el trauma, donde lo quebrado no fue pensado y adviene potencia de la criatura extraviada. Esta potencia empuja al consenso, con lo que, siendo inconsciente, actúa desde el dolor de un cuerpo dañado, un estallido, anclados ambos a lo que se nos escapa. Lo que se escapa a la posesión del poder total se encamina a otro amparo de la existencia con derecho a la vida, juicio y reflexión ética que cuestiona la moral. La natalidad acoge restos de infancia, un tiempo mítico, anterior al golpe de la palabra, inefable es el lugar propio de lo perdido. Donde hombres y mujeres habitamos la tierra fértil del cuerpo, quedó una semilla que plantó el lenguaje de un otro. La alteridad es la simiente de un efímero momento de inicio; bajo los golpes arraigó el radical desarraigo del comienzo. Lo que hace ser fruto nuevo a la criatura germina posteriormente en el camino de la experiencia fracturada por el dolor de un mundo donde la realidad se ve a través del sentido.

¿Puede el sujeto concebir lo que no hay para lograr hacer que la realidad incluya su división en un acuerdo distinto, entre el derecho a la vida y la responsabilidad ante la causa de las caídas sin solución de cada uno?

Y quizás, incluso, pueda el sujeto hacerse cargo de una forma distinta de ver lo percibido, incluyendo lo que puede cuestionar el trauma. Lo que yace cautivo en el sujeto lo ve reflejado en un nudo de amparo narcótico, que hace desaparecer una conexión con el sentir de la criatura al estar cegado por el poder que imagina controla lo salvaje de la culpa, que es causa de una central totalidad.

El poder nos lleva a imaginar casi todo, menos la potencia, que está marcada por un agujero donde nos podemos hundir en el vacío abismal. La precipitación en la gravedad de la caída nos deja ver que el dolor solo tiene límite en otro dolor.

Hay una expresión que dice: *un clavo saca otro clavo*; una desgracia en el amor empuja a la repetición del mal, buscando otro similar al que causó el desengaño debido a un dolor impensable. Pero

en esta deriva, que implica ‘cuanto peor, mejor’, se bloquean las contradicciones que no se ven y dan rienda a la violencia. El violento poder del daño causado da rienda suelta a la cólera de una repetición, que acrecienta lo que tiene un efecto aún más cruel en el trauma al añadirle un sufrimiento que busca controlar lo que cautiva al sujeto.

¿Por qué el trauma está arrastrado por la culpa, que es despiadada y esclava de la inocencia del individuo, atado a un poder que cautiva su singular división subjetiva? Lo que nos puede llevar a pensar que el sufrimiento es una forma constante de pensarse príncipe heredero de un poder que reina sobre la muerte, entregando la vida a una causa indestructible que causa un estar enclavado al destino maldito. Maldito es el destino arraigado en una causa funesta que marca una pertenencia inaudita a un poder redentor, que salva la idea de una reencarnación anclada en un clavo, que no nos remite al desastre, sino al terror del fantasma cautivo de un derrumbe impensable.

(Más allá está para quien atraviesa el desierto lo que vela su fantasma)

¿Se puede pensar la propia catástrofe y pedir sosiego?

Imposible, la firmeza no se posee, como la vida, se teje en relaciones con otros. El miedo al miedo nos conduce al refugio en una casa-cuerpo que nos confronta con la división que pugna por ver la cara siniestra en la adiestrada por el trauma.

En el desengaño hay algo de la verdad no-toda, que es la decepción respecto a la *verdad* que encierra el trauma sexual: que la sexualidad humana encierra un desarreglo fundamental. En esta decepción subyace el desastre, que es el desarreglo del experto poder de un saber que se hunde donde no hay relación sexual entre los sexos (C. Soler). Ponerle un final es fruto del trabajo del duelo que realiza el análisis, que busca acoger la satisfacción inconsciente en otro modo de encuentro bien aventurado por lo fallido en la repetición de la desgracia.

Allí donde no todo encaja, yace una descentrada criatura debida a la falta del sujeto dividido por la castración y no por la culpa de un pecado original. Aquella es la que atesora la clave del misterio.

El enigma del cuerpo doliente es la aventura de no haber abortado la existencia de la criatura. Una criatura que no armoniza con la ambición del control, que busca completar el puzle de lo que está hecho pedazos, germina allí donde sale del espejismo y atraviesa el espejo del fantasma que lo atenazó a ser el objeto de un sueño de otro. Ser sueño es vivir esclavo de un amante dueño de lo soñado, que da una razón unívoca a la existencia muerta con la palabra última, demente e inclemente. La certeza del trauma goza de un saber obnubilado por el objeto perdido, y es no poder pensar, sino actuar, llegando en él al punto de desaparecer donde todo en el mundo se vacía. La elección propia de la realidad de la vida amorosa parte del duelo por este objeto perdido; el sujeto se desprende de la ambición de su excepcional unicidad, ya que penaliza el deseo por su peligro transgresor y asesino de un mitificado padre de la horda (Freud).

(La desposesión)

La potencia de dar amor es no tener para dar la última palabra

La excitación que se encadena a un trauma subvierte al sujeto, que no se encuentra con su otro, sino con la fuerza del individuo que goza, omnipotente, tapando su división. Este individuo indiviso está sugestionado por un majestuoso poder engendrado por la satisfacción autoerótica del fantasma.

El trauma repite compulsivamente el objeto que se olvida, que no se inscribe en la memoria, pero que es cuerpo doliente poseedor de lo real que se aviva en sueños postraumáticos. El día de la marmota es una manifestación del sufrimiento, que habita un vital somnambulismo por lo escindido en unos sueños que amarran un objeto real perdido. Esto nos acerca al objeto transicional de D. Winnicott, del que dice que está fuera de la memoria. Una paciente se preguntaba por la violencia que le despertaba el que las madres metiesen en su cama a los bebés y a los hijos no tan pequeños para consolarse de la ausencia del padre y hace un singular hallazgo de lo que había olvidado. Descubrió su mantita maloliente y recordó con asombro y tristeza que ella la llamaba *Kae-Kai*.

Este objeto es ahora parte del pasado, que no cautiva ya el porvenir en un ideal omnipotente y da vida a la ilusión, que pasará a ser transición en el camino de un acuerdo nuevo debido al tránsito del duelo.

Un día nuevo amanece para alguien que, no siendo marmota, descubre un comienzo para Marisol al dejar caer lo que tapó un radical abandono. Lo que cayó con su peso maldito no le deja ya a Marisol apresada en la cólera que violenta su vivir en una vida disociada. El efecto del goce violento no alivia más el exceso de su brusquedad, fijada a lo real de un reto que la cautivó en ser la salvación de la madre. Marisol puede reconocerse en la desafección que yace en un abandono insoportable, que, tornado ahora pasado, permite encontrar un futuro final.

Poner un final al goce del fantasma de tener que consolar a la madre, puro amor inmaculado, hace que ceda la fijación al objeto perdido y permita ver la fantasía de ser el exclusivo objeto de salvación de una madre dañada. Engracia perdió el afecto de su madre, quedó secuestrado cuando murió su hermano y ella sucumbió a una escisión violenta de la desafección. Este secuestro del trauma apresó a Engracia en una cólera tan violenta que la empujó a caer, una y otra vez, en todos los desafíos que podían bloquear su gozosa obediencia ciega. Esta ceguera sostiene el mandato fantasma de tener que encarnar al muerto de hambre en su propia rabiosa inexistencia.

La fantasía es fruto de esta ruptura con el goce del violento exceso y constituye el primer grito de dolor psíquico. Con la fantasía, la semilla queda plantada en el cuerpo, que ve otro originario principio en la fractura: una odiosa exclusión. La fantasía le deja ver a Engracia lo que está cautivo por la escisión, un secuestro autoimpuesto para ser el único consuelo del agresor. Un amor sacrificado que la fantasía rescata del desastre y que consigue dar voz al afecto doloroso que le proporciona a Engracia el coraje para dejar caer la sexualidad autoerótica y, *a posteriori*, la mueve a una nueva elección.

Lo nuevo nace de la renuncia al poder de todo goce fantasma que resucita al muerto y origina el deseo de una vida sexual ligada a la incertidumbre de si ser madre o no serlo, puede darle una satisfac-

ción inconsciente que no quede fijada al consuelo de llenar o completar a la madre.

El deseo es la potencia de la natalidad, que gesta una criatura nueva (no necesariamente un hijo) cuando el sujeto atraviesa el desfallecimiento del fantasma y renuncia al poder que encarna su omnipresencia. En esta forma de plantar al trauma aparece un nuevo interés del sujeto, que está atento a la manera en que germinan las semillas en un parto que saca a la luz la identificación con la madre de un hijo muerto, interés que... ¿será una identificación al hijo que en ella no fue, imaginándose despedazada por un desplazamiento que la cegó?

Sin embargo, plantar un nuevo retoño es parar la satisfacción del autoconsuelo y dar con la frontera que marca el final de la deriva autoerótica impuesta por el autodomínio del masoquismo que encierra el trauma. En el trauma, el objeto se incorpora como cuerpo extraño que despersonaliza al sujeto y le autoimpone la dominadora fuerza de la exigencia gozosa del sadomasoquismo, que le redime. Tal salvación consiste en hacerse padecer una y otra vez el ultraje, con el consuelo soberbio del poder del fantasma, que se enorgullece de la supervivencia esclava del hundimiento.

El sujeto se deshace del poder de un sufrimiento encarnado en lo mudo que el trauma ensalza, y deja caer el control. Esta caída, debida a la imposibilidad de poseer, frena lo que actúa, despojando al sujeto, que había quedado anclado al sacrificio que le exigía un exceso de fuerza de voluntad contra lo que causó su caída: existe un final. Este desprendimiento muta al sujeto y lo desadhiere de la causa de la herida, que llega a término con el reconocimiento del dolor de la criatura que, aún dañada, es la portadora de otra forma de vida.

(¡No hay mal que por bien no venga!)

El mal, ¿humo que se esfuma con la ganancia secundaria del sacrificio en un sufrimiento esclavo de la supremacía moral?

¿Cómo ensayar un trato, sin truco, que sujete la condición humana partida? Una condición que incluye una inhumana crueldad, que nos deja ver que no hay lugar habitado por la inocencia. No hay lugar in-

maculado en el sujeto, que está manchado por la sexualidad, en la vida y la muerte, que están relacionadas en el cuerpo que existe en el entramado del lenguaje. Que la inocencia no tenga lugar en el cuerpo del sujeto dividido habitado por las fantasías sexuales no quiere decir que no haya diferencias. Las diferencias prueban que se pueden encontrar daños que dejan ver desencuentros, que se ponen a prueba en el acuerdo con la realidad, que permite conjugar la ausencia de inocencia en el sujeto con la presunción de inocencia ante la ley.

En la realidad encontramos pruebas que no esperamos y que nos hacen ver en los extravíos lo que, estando perdido, nos atrae al hundimiento.

¿Cómo llegar a un pacto con la realidad que trascienda el mudo actuar del dolor anestesiado? El humo da miedo porque avisa del fuego, que arrasa el derecho a la vida propia, expropiada y asolada por lo que queda dañado y quemado. Lo que esteriliza la tierra y acaba abortando a la criatura, que es la simiente del amor, es que ya no se haga fecunda en la potencia del deseo porque solo cabe el poder monstruoso del efecto del desamor.

¿Y cómo dejar que actúe la potencia del deseo con el coraje, para acoger lo perdido, frente a la colérica impotencia de la devastación?

Aquí quiere hacerse presente lo que desanuda el trauma con un decir meta de medias verdades, que no son absolutas sentencias que condenarían al sujeto a pensar lo que debe en la repetición.

(La inocencia, como el saber, se suponen, para dejarlos caer)

Lo incurable es lo real, que desde el dolor del cuerpo se convertirá en la vía regia de sueños y fantasías, que crean fantasmas y los derrocan

La causa del amor es la incógnita de lo caído; con la inscripción de la vida se desprende la muerte psíquica, un sinsentido que hace del amor una aflicción del ser. En mi tierra, se dice: *eres de lo que no hay*.

El amor se hace experiencia de la caída sin solución y sin vuelta atrás, nace fruto del sinsentido, ya que, por muy obedientes que sea-

mos, no encajamos en el paraíso. El amor da voz al deseo de hacernos cargo del enigma de la rebeldía ante lo que nos toca. El deseo es un tránsito, por lo que adquirimos al extraviarnos por caminos que gestan a la criatura, que no permanece atada a la dependencia radical de la violencia del desvalimiento.

Lo que se encarna en el trauma usa defensas radicales que repiten lo que atrae de la fusión ideal con el fantasma. El ideal solo es posible en un encuentro desastroso con el triunfo del fracaso, que, fijado al origen de lo perdido, es la perdición patética. En la experiencia, que es hacernos cargo de lo que nos toca, se juegan las relaciones accidentales. Accidentes que se ligan a lo que se adquiere y pueden hacer ver la clave que abre y cierra lo que se repite en el encierro para descubrir el enigma. El enigma del singular secreto que, en cada uno, entroniza o derroca lo que se apega al fantasma. El misterio de cada uno está ligado a la interpretación, de lo que, aun siendo heredado, logra transformarse en adquisición de la experiencia que le pone freno. Ese freno a la obediencia ciega es la misteriosa potencia que introduce otros principios amorosos en la relación con los otros y con el mundo para dar valor a la construcción subjetiva. Ella es también motor de la potencia creativa de una magia subjetiva, que tramite el dolor y la ausencia, los que germinan en nuevas metáforas que ya no quedan cautivas en un ensimismado vivir resucitando lo muerto.

La magia que derroca el poder de la majestad narcisista deja ver al sujeto su sometimiento tenaz al orgullo herido, y entonces puede encaminarse a la destitución de ese narcisismo anclado a una infantil exigencia del ideal del yo. Esta propuesta conjuga en el sujeto lo que al caer es potencia del deseo, que busca lograr construir otra realidad con un mágico efecto, el de una obra artística o el de alguna contribución transformadora de la cultura.

Lo que no permanece encarnado en la perversa fijación de hacer del mal un bien gesta la buenaventura que hacemos realidad al desobedecer a lo rabiosamente adherido a una causa de todo-poder.

Esta desobediencia acepta la ambivalencia del sí y del no, que se desprenden del cemento de la culpa para dar con el origen de lo

perdido, que hacía del mal una certeza anclada a la pura razón. Esta razón unívoca es cálculo sometido a la supremacía de un dictado de *lo que hay y toca*: esclavizarse al comercio con el desvalimiento. El desarraigo es parte de lo elegido por la satisfacción implicada en las adquisiciones, que tendrán que ver con la potencia del coraje. Este es un entusiasmo arraigado a la satisfacción del sujeto para poner un fin a la deriva inerte que marcaba, lo que, al derrocar a unos ídolos ya caídos, frena el empuje que repite la caída en el desastre. Un desastre que no fue y es origen de lo perdido, se reproducía en la inerte repetición de un destino maldito. El mal se vuelve radical por la endiablada exigencia de un goce más allá del principio del placer.

Pero en la potencia de lo efímero en el sujeto hace que se desprenda del arraigo del efecto del sufrimiento que deja ver el desarraigo en un dolor que muta a duelo por la pérdida del impacto de la mortificación. Cuando el sujeto se moviliza por el reconocimiento de su ceguera anclada en certezas, va tomando cuerpo lo adquirido en la representación de la paradoja de no tener toda la razón y toma partido por lo que nos parte.

La dolorosa caída de la convicción acoge la sinrazón de un sentir que invadió y que se libera al derrocar al poder ideal. El sujeto que se entregó a un otro grandioso y se esclavizó a un sí mismo, reflejado en un engañoso eufemismo del tipo *pasar a mejor vida*, morir, es fruto de un soberbio valor dado a una obediencia ciega. Con estas propuestas de un establecimiento penitenciario, de la pena de multa, se confina el sujeto al trauma de un conflicto armado, con un virus, que es como si estuviéramos en guerra con el desfallecer subjetivo.

A este cínico valor del poder del sacrificio, que envuelve lo malo en un triunfo sobrecompensador de un bien supremo, es al que pone punto final el sinsentido que no se refugia en la identidad victimista. Esta identidad solo se reconduce en la gestación del desencuentro subjetivo, en la brecha que marca la imposibilidad de que el efecto restaure la causa. Este es un encuentro diferente entre la verdad y la mentira, que pacta una posibilidad de dar voz a la caída de cada uno, escuchando lo que sin solución late en el sinsentido de un amor que da voz a la potencia del deseo.

(La luminosa ceguera de la disolución)

El trauma está fijado a una simiente que arraiga en un fantasma que disuelve las fronteras entre la realidad y la fantasía

Los pactos acordados en las relaciones establecen compromisos entre la moral y el principio ético de la ley.

La moral implica costumbres que se deben obedecer para pertenecer a un grupo que la ética cuestiona, al provenir de las representaciones elegidas por consenso universal, que deja un centro vacío. El pacto ético se conjuga desde la frontera que marca el umbral de la división del sujeto, que está implicado en sus fantasías que traducen e interpretan la seducción incestuosa de la lengua fuente. Este acuerdo deja a los individuos descentrados y desconcertados porque no les reúne en un poder que apuntala un centro sagrado, que exige el sacrificio de la vida. La sagrada unión de todos en un cuerpo común está subyugada al descomunal sacrificio de un chivo. Lo que sostiene una apuesta centrada en la expiación del mal y del pecado, que hunde al individuo asolado en el vacío, es lo que cautiva el misterio del amor bajo el imperio del amparo de un desamor irrepresentable. En cada uno yace una fractura, un resto que no se salda con la factura que se debe al poder de un dominio pleno del fantasma antitraumatismo. Lo que exime de la causa, que a cada uno le da que pensar y penar por su división, retorna desde fuera como condena que le precipita al agujero.

Esta reflexión nos acerca a lo que distancia las acciones que se le reclaman al sujeto, como individuo perteneciente a un grupo, y las que toma decidido a añadir una crítica a su modo de pensar. La crítica libera la elección dentro del conflicto, entre la diestra y la siniestra forma de oponerse o de estar de acuerdo. Un acuerdo de ley ante el fundamento del umbral que marca la presunción de inocencia, que está vigente en la construcción de un orden jurídico que trasciende el efecto del odio al otro. Lo que juzga la subjetividad es lo que deja lugar al fundamento del juicio propio que incluye la pérdida del objeto dentro del margen de elección fruto del deseo.

¿Qué ley mueve al hombre a la representación de lo caído sin solución? La ley que incluye la división del sujeto. ¿Una ley que incluya la paradoja de la verdad de un dolor del que solo se puede decir su ausencia?

El arte de desaparecer es un amor que construye un singular relato anclado al deseo, que, lejos de adaptarse, desobedece la elección del sufrimiento para dar voz al dolor de la verdadera caída.

Lo que truca el dolor en sometimiento del sujeto (dividido) es la estafa de una solución total ¿*final*?

La solución total que promete plenitud al individuo es una atracción fatal. Fatalidad que se encarna en un sufrimiento, que ensalza la culpa, en el sometimiento que alienta el fantasma. El fantasma redime al individuo, anclado en lo que borra su división, con el dominio perfecto del control colérico del esclavo, subyugado a un amo supremo.

Mariángeles hace un sueño, que a la analista le parece una pesadilla, donde ella cae en su agujero, por el que entra al *país de las maravillas*, como si se imaginase ser la Alicia de Lewis Carroll.

¿Es Alicia un personaje de cuento que versa sobre una criatura inocente seducida por un fantasma que la empuja a caer en el agujero? Este fantasma sugestiona a Mariángeles, que vive en una ensoñación donde resucita el anhelo de habitar el país de las maravillas que la cautivan. Este fantasma repite una salida del trauma allí donde la rabia le hizo sentir impotente y le quitó la inocencia. La causa del daño excitó su cuerpo y estimuló la fantasía sexual fijada al ímpetu odioso de un ser cautivo. La fantasía del círculo vicioso del cautivo, seducido por el amparo del agresor, empuja a Alicia a recaer en un agujero. Este empuje desvela lo que no ve tratando de verse reflejada en la mirada del fantasma que controla lo perdido, que es el daño que le causó la violencia desproporcionada del otro. Este otro asimétrico por su poder abusivo usó su debilidad para poseer el cuerpo de la niña y del niño al excitar una complicidad culpable que cimenta el gozo con el aliento de un poder absoluto que tapa y encierra el desaliento.

El fantasma reproduce un sentido odioso contra el vulnerable sin-sentido, que hace presa al sujeto de lo impensable de su desvalimiento, una debilidad a la que apresa en una entrega cautiva en manos de un poderoso salvador.

Al caer en el agujero, Alicia se hunde en un mundo que desde fuera es de pesadilla. La oruga le pregunta: *¿quién eres tú?* A lo que ella responde que es Alicia y que ella se conoce mejor que nadie. Esta escena nos lleva a recordar que realmente nosotros no nos conocemos porque el objeto que está perdido nos lleva de la mano desde la desolación a la ensimismada pasión que refleja un ideal de un sí mismo especular, que yace en la fuente del origen desolado de la caída en el agujero.

No podemos conocer todo lo que yace en nuestro inconsciente, solo sus retoños, y necesitamos de otro, el analista, para encontrarnos con nuestro saber no sabido porque clausura una inconsciente satisfacción. Esta clausura en un imperativo saber que parte de suponerlo en ese otro, al que convertimos en oráculo, tratando de destapar la sospecha que permite al sujeto explorar dónde le llevan sus fantasías. La exploración de las fantasías yace en una pausa abismal allí donde el sujeto se conduce sintiendo el empuje a recaer en el agujero. Este agujero vela los desvelos del sujeto que busca desechar el fantasma de las maravillas, que le clausura y cautiva con el control del trauma, portador de la fuerza de una certeza que habita en un poder culposos.

Mariángeles trae a la terapia el relato de su sueño:

Estamos tres personas en una habitación haciendo un trato.

Nos poníamos de acuerdo en tomar una sustancia narcótica para morir sin dolor. Éramos yo, otro desconocido y mi madre los que intentábamos llegar a un acuerdo. Al final, parecía que todo estaba resuelto: habíamos llegado a una solución para calmar el sufrimiento. Mi madre se toma la pastilla y desaparece, y yo también la tomo. Pero el otro no la toma y yo pienso: ¿ahora qué hago? Me he tomado la pildora y voy a morir, pero yo no quiero morir.

Me desperté sin angustia, en calma, y pensé: es lo mejor, ¡qué buena solución!

Una voz surge en Mariángeles: *¿cómo luchar por salir de la habitación donde recae un poder salvador?*

Ella puede ver que corre tras un fantasma, que en el despertar de sus asociaciones se desvela un estado de atracción fatal por un retorno fantástico a lo perdido de una trinidad inquebrantable y devastadora de su existencia. Esta compulsión de repetición, propia del trauma, es la que la lleva a seguir perdiéndose en el laberinto sin salida de un antes sin lugar para recaer en el agujero.

Lo que parece atractivo refugio del sufrimiento es el fantasma de lo que está fatalmente encarnado en una ley cruel que promueve el iluso poder salvador de la continuidad de principio a fin. Una pasión plena por desaparecer en una totalidad que concentra la causa del desgarrar de cada uno en un poder absoluto que absuelve las contradicciones.

La plenitud es una expectativa ensimismada en el sufrimiento que actúa como solución, que encaja borrando la fractura. Este sufrimiento exige que aparezca un convincente fantasma allí donde un eje central vertebra la desaparición del sujeto dividido. Este eje mágico hace que la desaparición sea un certero fantasma que nos mira espantando lo perdido porque actúa como la esencial solución que restaura al individuo.

El sujeto partido, que siente desaparecer la posibilidad de sujetar lo descentrado por su fractura, se entrega al amparo de una razón que le enajena y le adhiere a un fantasma. Esta razón que todo lo puede es la ciega repetición de la mismidad, alienada en una especular identidad que descentra al sujeto para acrecentar el poder de la mirada que centra al individuo en el ombligo de un mundo del que el yo sabe mejor que nadie el alcance. Sabe lo que en su egocéntrico pensamiento queda adherido a la omnipotencia, pero no sabe de la escisión del sujeto, que enajena su individualidad a la expectativa de ser un yo salvador, que le hunde en la raíz de un amparo que reniega su división con el poder supremo de la autodestructiva cólera del odio.

(El sueño)

El reto de traducir lo imposible en un posible acuerdo entre la cólera y el coraje

Mariángeles soñó una solución a su angustioso circular viciado por los ataques que ella perpetra contra sus deseos. Está aquejada de un padecer de víctima debido a un sintomático ataque envidioso vuelto contra su deseo, del que sospecha como desconocido ¿enemigo? ¿Qué enemigo es el que la empuja a morir narcotizada por una solución, que le arrebató el gusto de vivir, para triunfar sobre el dolor de la caída con una majestad suprema? Un enemigo que se aloja en la majestad de un goce narcisista que hace del poder del ultraje un saber de lo perdido, que ya conoce y no teme porque tiene la desenvoltura del experto al que ya nada le espanta. El deseo es una protesta incómoda, miedosa y que vulnera el frente armado con el ardor guerrero del reto vengador de la causa de todo malquerer.

El enemigo del que se queja amargamente es al que quiere des- enmascarar en el sueño, en quienquiera que la mira con una pasión total, que posee la clave de su arrebató. En quien recae la mirada poseída de una pasión total es un espejismo que aparece junto al fantasma. Pero ese objeto de amor la adora, aunque no la puede desear viva, ni amar de verdad, debido a que la diferencia no habita en el desfallecer, ya que cada uno lo taponó con el triunfo maniaco del azote narcótico. Lo que trasmuta a Mariángeles en un arcángel es lo que siente cuando elige ser mirada por quien acoge lo proyectado de su mal querer. Un querer que mata su deseo y enciende el ardor de una pasión por un saber la causa de su salvación.

A esta conclusión llega sonámbula al despertar de un sueño que encarna la presencia de la solución final que la escinde. Esta escisión concluye que el deseo es imposible: mata las ganas de vivir al tomar de la propia medicina que reclama el sufrimiento. Pero, ¿es el vivir un sueño? ¿Es una posibilidad de dar con la solución a lo que hace de la vida un sonámbulo habitar recluido en la pesadilla del sufrimiento fiel al origen de un trauma? (P. Calderón).

Aunque en Mariángeles aún persiste un lugar en el que cuestionarse sobre esta persecución, que le arrebatara las ganas de vivir y obstaculiza la gestación de un trato que no sea sospechoso, lo sospechoso es el poder de un bien supremo que vence al mal porque conduce a narcotizar el dolor con una solución que anestesia la potencia del deseo, único que desvelaría una rebelde forma de encontrar otra forma de amar.

El amor conflictivo entre el bien y el mal es un dolor que excita el placer de otro modo de hablar entre la verdad y la ficción que sí dejaría ver lo que no hay... Ver lo que al sujeto le duele porque evoca lo vulnerable que en su amor es aceptarse en conflicto, porque no hay encaje posible que apague el extraño malestar de cada sujeto por habitar en la cultura.

El enigma de lo encontrado en un sueño es lo que se nos escapa, porque no somos sueño, soñamos desde el deseo de encontrarnos con los desencuentros de la vida incompleta. La posibilidad de soñar lo que no somos es, pese a *ello* y por *ello*, un don insospechado que habita la paradoja del conflictivo amor, que da valor a la pena de no ser la causa de todo. Esta pena la sentimos dentro del amor y es lo que notamos escarbando ahí en lo que no tenemos y hace brotar al deseo. El sujeto prende en un ser que tiene un secreto, no un misterio hallado, sino aún por hacer en el camino en el que se desparra, en un error que no lograr alcanzar un encaje. No terminamos de entender todo, llegamos a comprender ciertas metáforas, alcanzamos a dar palabras tensas por lo que subyace tras ellas, pero algo se nos escapa.

¿Qué es habitar un lugar ajeno, no enajenado, un misterio que se escapa a nuestro afán de dominar el conflicto, que es una insospechada potencia de estar, sin estar del todo subyugados a la causa perdida?

Puede el sujeto acoger a una criatura que camina cerca del vacío y estar tentado de hundirse, participando del extravío, sin partirse por lo que fue caída sin solución y es conflictiva partición. ¿Cuándo busca el sujeto perderse porque ha perdido todo?

Algo intuimos en el espacio en el que exploramos los sueños porque esta cura tiene mucho que ver con lo que hacemos con lo oní-

rico, ya que de sueños y signos también se hace el lenguaje, que no es un hablarse solo a sí mismo para saciar la sed de emociones. Las sensaciones nuevas de la cura son un modo de sentir las cosas ajeno a todo aquello a lo que estamos acostumbrados.

El conflicto nos sitúa ante la frontera ética, que no es muro de demarcación entre buenos y malos de una película de acción armada con argumentos que establecen una jerarquía moral. Lo bueno y lo malo son parte de la desigual fortuna en la vida y en la muerte, que están en una relación dialéctica, en un diálogo que intenta escuchar las contradicciones de cada uno.

En el caso de Ángeles, ahí está su mayor logro y también su peor pecado, cuando el problema es el individuo que se pierde por el ansia de serlo todo a la vez sin renunciar a nada. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo logran conformar una Santísima Trinidad.

La sospecha está encarnada en el arrebatado reiterado de sus adquisiciones, se enardece con los encuentros gratificantes de una satisfacción inconsciente, que ella siente traiciones leales a su yo-ideal. El yo-ideal es querer permanecer entrampado en el poder de la perfecta mortificación.

Ese querer a quien crees que posee la clave de la muerte, hace de la vida una deuda fiel a una antiparadójica pasión pura: ¡me quiere ver muerta por mi bien! Es una pasión que arrebatada la división al sujeto y lo somete a un sufrimiento adictivo a una solución que la cancela con el poder del trauma.

Es una forma de no representarse la paradoja de la envidia del yo-onnipotente, que autoimpone un exigente sacrificio para matar la rebeldía del deseo. El individuo se vuelve contra la parte que le recuerda su caída sin solución y la cólera que despierta se revierte en lo que auto ataca de los logros del sujeto dividido.

Le interpreto que ve la muerte como una consecuencia inflexible de tomar la decisión de sucumbir al efecto de su propia medicina, una solución que enmudece la voz del núcleo que cautiva su verdad. Esta verdad cautiva del trauma habita en una habitación que expropia de su propia división subjetiva.

Mariángeles dice al despertar que estaba tranquila, cegada por el poder de la redención. Pero, cuando cuenta el sueño en la sesión, descubre la marcada diferencia entre la desolación que aloja la escena del sueño y la restitución del yo omnipotente. Este yo que truca lo desolado en un egocéntrico poder indiviso del hacedor de sueños, a los que entrega por entero la vida.

Sin embargo, en la apertura que marca la diferencia en el relato del sujeto de la vigilia, hay un cambio de perspectiva que acaba tomando partido por cuestionar la solución. Se pregunta Ángeles: ¿qué hago con esta píldora que me tomo para matar mi responsabilidad en este escenario de ensueño, que me deja entrever la fisura en lo soñado?

El asesino está fijado a la culpa del objeto amado, que si pudiera mataría el deseo del amante. El amante en Ángeles esta adherido a la concepción de una madre todopoderosa.

Esta inmaculada concepción atenaza el deseo femenino, sospechoso de causar estragos, en la relación amorosa empeñada en el absolutorio poder expiatorio; espía, a su vez, de la culpa que busca restaurar al ser omnipotente madre. Lo que la deja en paz es el poder restaurador de un sueño, que perpetúa el nudo que hace de la vida de la criatura una salvación de la concepción inmaculada de la madre.

Este ser omnipotente encarna una relación destructiva con la mujer porque es la causa de la infidelidad al todo madre, que sabe ver mejor que nadie en el mundo a su criatura.

Ángeles se entrega a la identificación con el agresor poder del todo madre, la criatura no ve su desvalimiento, ve sospechoso el deseo de una vida separada que la mataría. Ve sospechoso el deseo de una vida separada, que mataría la univocidad del gozo. Si no muere con la madre adherida a un goce culpable, el sueño deja traslucir un desfallecer, una incertidumbre que deja caer a la madre que la mira sabedora de la razón de su existencia.

Mariángeles puede volverse locamente escindida por el sinsentido de su existencia al caer en la cuenta de lo que le confunde y le seduce para tomar la solución narcótica de la píldora.

Puede elegir adherirse a una amante mirada omnipotente que le obliga a entregar la vida o puede tomar partido por su desfallecer. Este trae un desvalimiento que le hace ver la cólera implicada en las radicales soluciones del estado de guerra de matar o dejarse morir. Ve en el escenario del sueño la radical solución a un trauma, que no parece dejarle opción a elegir tomar su propio partido por el deseo desobediente y desleal de no ser el objeto amado en exclusiva por una pasión incondicional, por una madre pura y completa. ¿Qué le queda si se desprende de la pasión incondicional por ser una con la madre?

Se pregunta por su contradicción de no dejarse asesinar y tener que ser el asesino, porque mata la mirada del espejismo de una amante sin fisuras. Teme el miedo de la infiel potencia del deseo femenino que habita en el ser de la mujer que desea a un hombre que la separa del todo madre. El todo poder de la mirada de una madre incondicional condiciona a la criatura a la servidumbre de ser el exclusivo objeto amado de la salvación de aquella.

Este enredo hace que Ángeles se vea sometida a un vicioso círculo obsesivo, *¿si deseo como mujer, me entrego a mi asesino? Si, identificada al poder superviviente del dominio del agresor me adhiero al poder todo uno, ¿salvo a la madre? Si busco ser madre, seré asesinada por el retorno que condena mi sexualidad femenina a la sospecha criminal...* En esa falsa alternativa incluye el refugio de ser madre, o no ser, que condenaría a la criatura al desvalimiento, como si fuesen radicales antagonismos excluyentes de la sexualidad femenina. Tomar partido puede ser un encuentro que reconozca la voz a la verdad del desvalimiento inevitable en la criatura, que queda desolada por el desencuentro que la separa del todo madre y deja ver en ella a la mujer que desea al otro.

Esta es la clave del deseo que adviene desvalimiento.

La duda obsesiva tapa una certeza, que escinde el afecto de un radical desvalimiento del trauma, haciendo que se vuelva dudoso lo que es imposible de evitar. Lo imposible es un acontecimiento que sigue rompiendo al sujeto y le conduce a quedar detenido por un estallido del sinsentido... Es la otra cara del dilema de *Hamlet*, ser o

no ser, el asesino o el que venga la muerte del padre. La duda obsesiva nace de la escisión del afecto anestesiado, como si fuese posible anudar los radicales antagonismos excluyentes, en un eje central que subroga la sexualidad femenina al poder todo madre.

Al tomar partido, puede ver Mariángeles el dolor, donde reconoce su voz, en la verdad del desvalimiento inevitable en la criatura que, desolada, queda excluida por el desencuentro que la separa del todo madre y padre, arcaicos. Esta exclusión da cuenta de la escena primaria que yace en el núcleo de la sospecha del crimen perfecto, la muerte recae en la criatura y en su deseo. Lo imposible aparece en una imagen fantasma del goce criminal que es el sospechoso intento de matar al otro. Un otro, que habita la alteridad del cuerpo de un amor encaminado a dar la falta.

Mariángeles, al despertar, ve la fisura en sus asociaciones enredadas en ser un manglar, en las que entreve su vergonzosa cohesión en el ser culpable debido al poder que cautiva su división subjetiva. Descubre una relación envenenada y homicida, el asesino domina bajo amenaza de desamparo radical, solo existe lo que está fijado a una ensimismada pasión. Esta pasión da toda la razón a una existencia escindida, más cercana a la locura del canto del barquero: *tú eres la verdad de mi existir*, que ve reflejada en el sueño de una fiel y amistosa confraternidad en la que parecen tres en uno. Una trinidad divina que produce la paz perpetua de los cementerios es, sin vuelta atrás, lo que despoja a Ángeles, convertida en Arcángel, del miedo a la muerte.

Ella conecta que el otro excluido, que se asocia en el sueño a un otro desconocido, está cautivo en una ausencia que funde su fantasía con el real alcance de la asintomática falta de deseo sexual. Ángeles no siente deseo sexual por el otro del sexo, que incluye en la realidad a su pareja, y que en el otro desconocido del sueño ocupa en el triángulo el lugar de lo hundido, lo ni muerto ni vivo, un ángel debido a la pasión superviviente del desastre.

Antes, para Ángeles no tener deseo sexual no era su problema, podía satisfacerse por sí misma, era el problema de su pareja. Ahora descubre que este problema es el conflicto que habita, en su forma de

empajarse, con quien tapa sus contradicciones para que se vuelvan inconcebibles. Lo inconcebible de las certezas de tener toda la razón adherida a una solución autodestructiva es que dominan el miedo al derrumbe.

Mariángeles relaciona el sueño con un sentimiento nuevo, ahora por las noches cuando ve a su pareja dormida a su lado le inunda un sentimiento de ternura. Pero no desea despertarlo para hacer el amor, es como si solo sintiera la ternura de una madre hacia su hijo. Un niño que cuando duerme calma a la madre, quien siente una profunda ternura por su desvalimiento, ya que, al no estar activo, posee su absoluta entrega y ya no le inquieta porque lo ve en sus manos. Ángeles quiere esfumarse en ese indefenso sentimiento de la criatura que fue parasitaria del todo amor de madre, pero sospecha que está vigente en un arrasamiento, que la invade y domina su ataque al vínculo del amor con su otro desconocido. Cuando, de hecho, está condenada a no vivir en la realidad, sino en una vida de ensueño que confunde realidad con fantasía. La gran falacia es que no desea matar, pero sí despliega un querer asesino del que tampoco se hace cargo de impedir.

Lo que hacemos en la relación terapéutica es diferenciar la fantasía de la realidad que logra conectar con la alteridad del desvalimiento. El desvalimiento radical habita en el escenario del trauma, que hace de la vida un lugar de ensueño debido a una salvación que dejó hundidos a los verdaderos protagonistas de la historia.

Mariángeles vive también en un asilo del exilio, donde no está desolada por su división, que ya no le fuerza a volver a la tierra del paraíso natal, sino a la natalidad. No vence al miedo, haciéndose víctima con su contraataque, ahora teme a sus contradicciones en una realidad de una habitación donde algo se escapa de su control. Esta mujer lleva dos nombres que sujetan un María, origen de lo heredado de una madre inmaculada que no fue, y el otro nombre que fue el angelical misterio. Un enigma al que sigue la pista debido a la sospecha de que lo que está detrás es el futuro de la pérdida, un dolor que va adquiriendo otra tonalidad, allí donde el asilo es un milagro que hace germinar a la criatura, que adviene sujeta al deseo sexual.

(Perder la razón)

**No hay una horma que fuerce al pie a calzar un idioma,
unívoco, ya que cada acto amoroso es un revulsivo contra el
ensimismamiento**

El trauma crea certezas que el individuo cree inamovibles porque tapan la violencia destructiva del efecto del odio, que escinde la vivencia del derrumbe en un universo paralelo. Un universo bajo control en los sueños que protegen del miedo, ya que el retorno del recuerdo está cortocircuitado, junto con la causa, que queda cancelada en el centro de todo.

La majestad de un poder sabio doblega al ser perdido, anclado al punto de partida de un origen desconocido.

El experto poder del sufrimiento individual es la solución a un derrumbe impensable o inconcebible. Esta solución salvadora es una ciega falsa-verdad, que compensa el dolor con un saber, que es más una contracarga de la concepción que una caída irreparable.

En la clínica del sufrimiento psíquico escuchamos en los síntomas esta apuesta por controlar lo desconocido, que hiere y yerra buscando la solución. Los extravíos que nos hacen perder la razón hablan de lo extraño de un cuerpo que no responde a la fuerza de la voluntad, ya que la causa del dolor psíquico esta encarnada en una habitación inconsciente. Esta habitación puede tornarse en prisión que nos cautiva porque encierra una atracción fatal por un poder que goza repitiendo un desastre para que no pase y permanezca bajo control. El trauma psíquico es justo este poder, encarnado en un fantasma que petrifica una satisfacción inconsciente en la paradoja de lo irrepresentable. Sin embargo, la estancia misteriosa que habla una lengua extranjera produce una satisfacción inconsciente. Esta satisfacción cuando logra escuchar la potencia del desfallecer, que también puede liberar otra concepción de la realidad que hace del desconsuelo un deseo inédito que no resulte en condena al poder que ciega. La ceguera es concebir un consuelo para lo irreparable en el odio vigente que permanece fijado al desconsuelo.

El consuelo del desengaño del sujeto desvalido es el fruto del autoengaño del sufrimiento si hubo de elegir refugiarse bajo el amparo de la impotencia de ser responsable de nada y víctima de todo, un triunfal vivir más allá del principio de realidad del desfallecer.

(El demente poder es una enfermedad social)

¿Quién dirige el mandato de la verdad toda del orden social?

En el nacer humano, partido entre un principio ajeno y un fin propio, la muerte es una incógnita que gesta una alianza distinta con la criatura inconsciente. Esta criatura, que en el trauma ha devenido fantasma de su fracaso, habla en una lengua extranjera, que trae ecos de un dolor que altera y encoleriza por la impotencia que le empuja a ver en las fisuras el enigma de lo que no fue sino pérdida. El fantasma trata de llenar el agujero de lo real de la caída y busca un mudo saber que cancele el enigma, cortocircuitando las contradicciones bajo el dictado de un poder vidente.

El actor protagonista de un drama, que se entrega a la salvación en manos de un colectivo que sustituye al sujeto por el individuo, se autoafirma con el empuje de su personal en la lucha por salvar la vida contra la muerte. La confirmación de la adhesión a esta colectiva racionalidad está en hacer mutar al sujeto en individuo, que reemplaza el inmerecido dolor del cuerpo en elegido sufrimiento meritorio.

Desde la atracción que genera una meritocracia salvaje, debido al poder anclado en relaciones de pertenencia a este colectivo de amparo, que da sentido a todo, todos somos sirvientes. Sirvientes voluntarios por la fuerza de decisiones que tomamos como deudos de una familia, que ejerce el poder unívoco de una razón que se adueña en la supremacía del individuo sobre el sujeto en declive. El sufrimiento psíquico es una inconsciente elección que nos hace víctimas de un marco cruel. Este marco refleja un orden colectivo que es un espejo de lo que somos nosotros mismos, anclados a la inconsciente necesidad de castigo, que encarna la culpa y el afán de perfección enajenado en un ideal del yo.

La cuestión aquí es ¿qué significa que un ser humano ame a otro y desee ser irremplazable? Irremplazable es el sujeto que mira su

reflejo en la mirada del otro, que hace de espejo de su existencia para el mundo.

Aquí no cabe truco ni trueque mutante en los ojos de una máquina, ya que la mirada de los humanos es un compromiso afectivo sujeto al interés que nace con una caída misteriosa. El misterio está enclavado en el cuerpo que, sin solución, se fragmenta y busca una concepción de continuidad en el amor. Al mismo tiempo que el deseo hace que el sujeto alcance a sostener un nuevo acuerdo entre sus partes, pasa a depender de los pactos del amor.

(El enredo)

El universo descabezado desconecta los pies, que, alados, sobrevuelan el exilio, cautivo en la unívoca palabra que da razón de un trauma

El universo encabezado por esta racionalidad se concentra en unos pies alados, lo que sobrevuela el exilio para retornar al seno de una madre-patria nunca conocida. Este resto de omnipotencia encarna la supervivencia ante lo que fue un desastroso impacto, que enmudece la conexión con lo que le ocurre al sujeto, excitado por la seducción del poder que controla lo que allí sucedió. Es lo que actúa en el trauma como acontecimiento refugio, sin que percibamos en su repetición la condena. La condena es un esclavo padecer, un sufrimiento que atropella al sujeto para borrar las huellas del triste dolor de un atropello que fue causa, que mina el cuerpo, dependiente de un sometimiento a un sufrimiento que lo corrompe. La ecuación simbólica de la cabeza como sede de la razón y el orden, debido a una inteligencia que todo lo estabiliza, está constantemente bajo el reflector del trauma. Asemejándose a la completitud ilusoria del cuerpo en el registro imaginario, que se presenta como unificado con lo perdido en el fantasma.

La sumisión es un imperativo que, cuando eleva la ambición a la categoría de un ideal social, centra al individuo en el ombligo de un universo que le puede de-subjetivar al hombre que lo padece. Un dolor sin solución.

El imperativo del hombre hecho a sí mismo es traumático.

Es un ideal social que pende de la espada de Damocles, erigida desde el mandato de ser omnipotente y que pone en entredicho la cabeza del sujeto. Pone la salud mental en suspenso, dependiente de un amor deudor de un sobre-protector poder total. Este poder somete la salud del sujeto a un imperativo que hace del derrumbe una causa total. Esta causa de lo que fue derrumbe se encarna en su base y pone su fundamento en el centro de la esencia de un eje que gira en torno a un imposible efecto restaurador, empeñado en una irreal exigencia de majestad. La irreal exigencia de un ideal que encarna lo que fue derrumbe se revierte en esfuerzo de superación, y así persiste en la esclavitud de borrar su origen proyectado en un odioso enemigo que amenaza con el desastre.

Este poder somete la potencia del deseo hasta su extinción, allí donde arde lo que quedó encarnado en la necesidad primordial. El poder del uno, abrazado a un sí mismo, es un encierro que enmudece y esclaviza la condición vulnerable del sujeto, que, en peligro de extinción, debe vivir bajo la fuerza de una amenaza que violenta.

La violencia que subyuga la división del sujeto entre lo social y lo individual es un mandato que subordina el centro vacío a un imperativo categórico, que se ejerce imponiendo un saber pleno.

La creencia social que exige una fusión omnipotente encarna el reflejo del uno, que es una unidad especular que posee el germen de la autodestrucción, centrada en lo que opera con el bisturí de un trauma. El trauma subyuga la fantasía del sujeto al imperativo de dominio de un fantasma que usurpa la función del tercero. La función de la fantasía es traer los ecos de la voz disidente que enlaza el singular malestar, que se hace presente en una concepción de la realidad. Esta concepción que hace de tercero con la ley no pertenece a ningún individuo y sujeta lo que es un derecho y una obligación para todos. La ley busca una equidistancia que separa el pasado que toca a cada uno de forma desigual y que no guarda proporción con el resto dejado en el cuerpo, que empuja al hombre a hacerse cargo de lo que queda. Se busca legislar hasta un límite, que hace posible una frontera, que equilibre la desigualdad entre lo que queda y lo que está en manos de la responsable apropiación subjetiva de la historia social y personal.

La devoción individualista es una creencia social suprema, y con efectos en la supremacía, que coloca al fantasma del individuo en el centro de un espejo de totalidad, que lo desubjetiva y se erige en concordancia absoluta de la majestad maníaca. La majestad del trauma es una seducción cautiva de la paradoja del cuerpo extraño que hace del sufrimiento un anti-traumatismo, que se padece por lo contrario al decir subjetivo. Esta majestad encarna una defensa radical que reniega del dolor humano y lo somete a una exigencia total en círculo vicioso, que refleja la impotencia de la caída en el poder que la ensalza.

(La huella)

¿Es acaso la carne primera el único manjar que puede comprar y vender la salvación de un poder absoluto que trafica con la criatura?

Lo que en el ombligo de un sujeto partido es la parte caída que funda la fantasía, en el trauma logra adherirse a la renegación por lo que des-obra la función separadora del principio de realidad. Este principio es el que añade la realidad psíquica del placer a la realidad consensuada por la alianza con el decir del lenguaje. El decir de un malestar subjetivo obra en cada uno, descentrado por el sentimiento de la pérdida. Esta pérdida es una caída del encaje de cada ombligo en el centro del universo del lenguaje y una cicatriz del derrumbe de la idea todopoderosa de *lo que hay* en una realidad unívoca para todos. Sin embargo, la realidad psíquica se conjuga en *lo que no hay*, en un centro vacío que desencaja y que hace girar a los sujetos en torno a un universo simbólico de lo perdido, que nos separa de un poder omnipotente. Lo perdido es el principio de un origen para crear otros principios, que son alianzas y tienen una función originaria de la simiente (fantasía) de lo que cae en cada uno y preserva lo insoportable del sometimiento de la vida psíquica. Los principios crean una nueva alianza, con acuerdos que protegen las partes caídas de cada uno, para hacer del amor un lazo de respeto por el otro. En las situaciones que son causas de la quiebra de las personas, estas se enfrentan a acontecimientos que desgarran y no se solucionan ape-

lando a grandes palabras justicieras de valor y restauración, sino que dan cabida al interés de cada sujeto por dar voz a la verdad, con otra verdad de lo caído, que en su desfallecer es un misterio que emerge de no tener toda la verdad. Cada uno tiene una verdad no porque sea obra del yo, sino porque es obra del no-yo que produce sueños. Soñamos y fantaseamos porque la verdad está en el otro, que busca en sueños realizar los deseos para dar a la sinrazón un lugar en la escena onírica. Ni el yo-egocéntrico ni el otro tienen toda la verdad, y nadie querrá toda la verdad si completa un todo.

El trauma es una condena al indiviso refugio del individuo, que encarna una repetición mortífera y que reniega de su división subjetiva. Este espejo concentra la causa de la brecha del dolor de cada uno en una consecuente exigencia que le abruma, encarnando el poder restaurador de una totalidad. Este poder es un regazo de amparo absoluto y salvador de una creencia que funda una teoría de la esencia de una vida humana deshumanizada en la confusa y cruel exigencia del retorno al imperio de un origen que se debe a la lucha contra la muerte.

(La reclusión)

Lo cautivo nos seduce por su abismal poder

En el trauma se ancla en una causa cautiva por efecto de una sugestiva fuerza que busca abortar las consecuencias. Este efecto sintomático seduce por la fuerza de una convicción inamovible que cautiva el fantasma. Lo que aparece para borrar lo que, al desaparecer, se anuda a un poder de absoluta supervivencia, pues la existencia en peligro se tapa con una fantasma. El fantasma seduce porque quita el miedo al ser lo que no es; lo que no hay y no fuimos es el poder omnipotente del tener, un poder que posee lo que se nos escapa. Y este control de las consecuencias de un dolor que se escapa nos empuja a la restitución, que cancela el desfallecer humano.

El efecto del trauma es un tejido realizado con hilos invisibles allí donde la violencia de las relaciones asimétricas dejan un agujero. En esta brecha se juega el hacer y deshacer de la experiencia de una

caída, que toca a cada uno, por lo que causa dolor, y se eleva a una excitante apuesta de descomunal poder que atrapa y desprende al sujeto del efecto de lo que le tocó vivir.

La vida enredada en el efecto que nos hace sufrir, porque quiere la muerte, que nos habita de por vida, nos empuje a una mejor vida que encarna un vivir mortífero.

Atrapar el malestar de cada uno en la tela de araña es una extraña gestación de lo queda en el cuerpo del sujeto. Este resto de muerte es una herida que le empuja al sujeto a buscar una trascendencia, de lo que fue carne enfangada en la cosa caída, y da voz al cuerpo que entroniza un dolor para asumir lo que desentraña el nudo de lo destronado. El poder del trauma radica en un juego macabro de quien se hace trampas al solitario cuando encarna la majestad de una deuda de vida, en lo adherido al mapa de las heridas. Este mapa guía desde el solipsismo del individuo hacia una creencia social de pertenencia, en una desesperada apuesta que privilegia el sufrimiento.

Este privilegio sirve como coartada, que hace del exilio una soberbia exigencia, que se debe a la deuda del amor propio orgulloso de poder con todo. La soberbia es una defensa auto sanadora de lo impensable de la caída de una herida muda que se transmuta en un reto restaurador.

Sin embargo, la verdad del dolor no puede con todo, puede lo que se dice: ¡una mierda!, y enlaza a cada uno con su mancha. La mancha no es lo que envilece la condición humana, sino la interpretación de una tradición que vuelve traidor al deseo de una vida con criterio propio, que desvela la opaca amenaza del poder incuestionable, que todo lo tiñe con cenicientos presagios. Estos presagios de la mirada cautiva del mal de ojo son fruto de la usurpación de la sombra alargada de una vida y de una muerte pulsional que se aloja en el cuerpo de cada uno.

La traducción puede ser una lectura que cada uno hace de lo que cae entre líneas, una intensa y creativa forma de concebir un camino desde los extravíos que gestan otra cultura.

No hay una horma que fuerce al pie a calzar un idioma unívoco, cada acto amoroso es un revulsivo contra el ensimismamiento, en

un diálogo con los contratiempos de un tiempo que dejó huellas de grilletes que ataron los primeros pasos. El vínculo entre diferentes generaciones y sexos no se cancela con el poder del fantasma que habita una solución salvadora en que resuenan cadenas.

Las variaciones resuenan en los fantasmas que no olvidan las formas de desaparecer vigentes en la transacción, entre bienes y males encadenados se teje el escudo de la resistencia. La verdad del dolor germina para poner punto final al sufrimiento que está despojado de la última palabra. Concebir la verdad del dolor suele dar acceso al efecto liberador del fantasma de la inconcebible realidad del espejo roto del solipsismo de un trauma.

La simiente es una de esas cosas que cada uno recibe y germina en el futuro que, entre otras cosas, da un fruto debido a los accidentales encuentros que hacen de la experiencia un motor. El motor es rebeldía y resistencia ante de lo que, al acontecer, abre entre las fisuras cautivas del trauma una nueva posibilidad para la criatura. Esta simiente arraiga en el cuerpo, pero solo en algunos germina en una criatura que ve la luz que brilla en la brecha de ausencia de una verdad toda.

(La elección y el inconsciente)

¿Cómo incluir no solo lo que vemos, sino también lo que vemos sin ver para concluir una decisión?

Esa es la cuestión que nos ocupa cuando en el efecto del trauma psíquico se incluye la elección subjetiva. Una cosa son los datos y otra interpretarlos. La causa está separada por una pausa que distancia y distingue a cada sujeto del efecto del trauma. Esta pausa distingue a la acción subjetiva que en cada uno nos deja ver en la descarga como efecto atractivo del abismo que, lejos de suponer una posición de poder, nos convoca a la impotencia ante una amenaza que se hizo dueña de una supervivencia angélica. El arcángel que nos salvó en un fantasma originario da voz al desfallecer en un poder sacrificado al sufrimiento y concluye en un punto final, que nos permite elegir por el dolor arraigado en la simiente de la criatura que no se aver-

güenza de su indefenso anclaje. Reconciliar la cólera, y no decidir su descarga vengativa y narcótica, funda otra forma de elegir habitar lo que se nos escapa. Habitar la división es conciliar la parte superviviente de una amenaza radical que podría secuestrar la vida en una deuda de amor imposible, es hacer posible ese acuerdo que da lugar al coraje. Este coraje es un reconocer el odio anclado al poder del yo omnipotente del superviviente para llevarlo a una vida anudada al amor, que incluye la caída sin solución que nos hundió en el abismo y nos deja ver lo escondido en la mala conciencia culposa. Esta mala conciencia sobrevive en el arrebato del sentido invertido en un yo todopoderoso que queda hundido en la atracción de un núcleo que mina los logros de una criatura endurecida por el peso mudo de la gravedad de la culpa inconsciente. Esta causa que nos abismó, quedó anclada a un resto de desamor, que nos arruinó la existencia. Una causa que cautiva el gusto de vivir enlazado a un amor que no todo lo puede, salvo que envilezca la vida deudora de poder que es amenaza que cancela la existencia del sujeto dividido.

La amistad es aceptar la decepción del ideal de perfección, una sensación de pérdida de la inocencia que revitaliza un acuerdo entre las partes caídas.

El pacto de amor relativiza la frustración de la expectativa de que alguien encarne un modelo y puede que no todo poder sea una forma de asumir que la vida es eso, unas ganas de satisfacer un vínculo no esclavo de ser la cosa que seduce al amo... Es un vestir al artista, artífice del milagro que desviste al hombre para hablar al amigo que mientras tanto escribe el mito. Para narrar cada peaje a pagar, lo que, si uno busca, es la gloria del ascenso de una caída que fue origen perdido y que intenta triunfar sobre el derrumbe de las pequeñas mitologías que contenta la condena. Por encima de cualquier otra cosa, un asunto capital que obra en el sujeto es la amistad con lo caído, que es ya el desfallecer que nos hace humanos a pesar de la culpa que produce la muerte.

Juan viene a consultar porque su ausencia muy prolongada de deseo sexual hace que su mujer se sienta descorazonada. Esta ausencia se inició en él de forma preventiva, para paliar un daño que cobró

dimensiones catastróficas. Este daño que atañía a un problema de salud de su mujer en el momento de ser madre, ahora, él logra ponerlo en relación con su deseo por la mujer que ataca al poder de la madre. Vive con una coraza que violenta su existencia debido a un dolor que emerge en sus sueños asociado a las relaciones precoces. Esta coraza la identifica con la incorporación de un modelo de padre sabio y de sobreprotectora omnisciencia, que creo en él una rígida identidad que sutura las fisuras. Este poder incuestionable guio su existencia encarnada en un patrón que desestima las caídas. Estas caídas le violentan desde una mirada nublada por un daño que habita en su gusto por vivir trastornado. Esta vida trastornada por una sexualidad repudiada está sometida a un núcleo cegado por una amenaza, que le hace sentir que la existencia de su deseo es una catastrófica causa lesiva para sus seres queridos. Su vida pertenecía a un imperativo modelo de padre ideal, que permanencia violentando su existencia al precio de tapar las diferencias y las contradicciones y encarnando una monolítica y unívoca exigencia de inquebrantable unidad. Confrontado con lo unívoco de su mirada al mundo, ocupada por el secuestro autoimpuesto, debido a la adherida visión a un patrón afectivo de un padre salvajemente bien intencionado. Este ideal de padre lo era todo, porque su afecto restañaba las heridas, y fue el motor de una existencia cautiva de no ver lo que estaba a la vista: unas caídas que él borró, como el alcoholismo de su padre al narcotizarse con la expectativa salvadora de los estragos.

Juan, hablando con sus hermanos, se da cuenta de que no veía las discusiones entre los padres, ni oía los ecos del daño que padecieron los hijos y su mujer. También ve entonces cómo la relación familiar quedó secuestrada en torno a un chivo que causó una amenaza de expulsión, vigente en un sagrado poder que debía encarnar la expiación del afectivo padre modélico para que cada uno a su manera, incluido él, se sometieran.

Juan se ve amenazado porque este peligro fue su patrón de subsistencia onnipotente debido a que bloqueaba las graves carencias que le atravesaron en su infancia y juventud que lograron arruinar su gusto por vivir y lo hicieron esclavo.

Juan está desconcertado por los recuerdos que emergen en él, como aquel en el que su padre le dice que el problema era haber tenido tantos hijos a los que no podía dar cobijo.

Ahora piensa que no pudo ver su desfallecer, identificado con el agresor. Su logro fue garantizarse una subsistencia abstemia que contrarrestaba con su narcótica dosis de antialcoholismo. En su caso, en vez de amor, hacía la guerra al alcohol, necesario para su padre. Ahora, confrontado con su abstinencia, tan radicada en él en todos los ámbitos del placer, goza atenazando el deseo sexual por la mujer, lo que lo enfrenta con el odio que le violenta. El odio al deseo de la mujer se empareja con una devota sumisión por salvar al todo madre, que es la otra cara del admirado padre, y se cuestiona los engaños de una pureza que le lleva a decidirse a ver cómo pudo hacerse tanto daño.

Juan llega a decir: *esta exigencia está en mí, para hacerme la vida imposible y no lo voy a permitir.*

Él no sabe cómo pudo vivir cegado por la incorporación de su enemigo, enraizado en una moral de supremacía sagrada, que gozaba con el azote de su acorazada existencia.

(El espejo roto)

Desde el final se ve lo incierto, que cautivó la certeza en una alineada pertenencia

El hombre cautivo de un trauma vive sonámbulo, sin lograr poner fin a lo que le atrapa y ya no teme. Quien siendo ciego es vidente y mudo habla sentenciando, lleva la vida invidente de adivino del desastre. El sonámbulo no despierta, llega a ser carne de un mítico sueño que no distingue el día de la noche. Quien no amanece revive de noche en sueños postraumáticos que son su vida. De día este hombre vigila que el dolor no toque la fusión plena (monolítica unidad inmóvil) que repite la opaca existencia empeñada en encarnar la escisión donde la oposición está fuera y no le alcanza.

Desde la fusión de los opuestos no se puede poner en juego un final distinto para las paradojas de la vida; habitando la pesadilla, el

individuo sigue viviendo bajo el imperio de la alienación. La vivencia del trauma que se repite en sueños cancela el despertar, renegando la despedida.

¿Cómo despedirse de la causa que no tiene solución ni vuelta atrás, sino que cavó el agujero donde la pica vertebró un radical sentido del bien? ¿Puede el sujeto caerse y levantarse sin cargar con la roca de lo ya perdido? ¿Es posible romper la amalgama que obra en un vivir más allá del principio de placer? El goce mortifica anclado a lo real en una forma de seguir viviendo reo de subsistir de prestado, bajo el manto del poder superviviente de la culpa. Pero el principio del placer añade a la realidad una realización particular de la satisfacción del sujeto que fantasea y sueña con un deseo, que busca enlazar lo perdido en otra realidad que dé cabida a lo que no sucumbió por entero a la fuerza de una violación de su cuerpo. Lo que le arrebató la existencia al sujeto es el no poder decidir, sometido a lo que está anclado a un peligro.

Lo que cancela la presencia de la potencia de la elección del sujeto es también aquello que cautiva su ausencia para hacer que brille bajo un prisma de saber todopoderoso.

En el encierro del trauma brilla lo que fue omnipotencia en una encrucijada vital en la que no hubo elección, y aún sigue sin haberla, en lo que persiste inmóvil en una falsa pertenencia a un amparo que conduce a la criatura enferma a retornar a una casa perdida.

La muerte, encarnada en el niño en el poema de Goethe, *Erkönig*, señala lo que al desfallecer se reencarna en el personaje del Rey de los Alisos (o de los Elfos).

Esta criatura, evocada en el poema como el hijo enfermo que imagina ver a la muerte, no pone punto final y no frena al padre, que reinterpreta su poder en clave de estar poseído por la renegación de ser uno con el Rey de los Elfos hasta llegar a lo real del final.

En este personaje, representado en varios poemas y baladas alemanas, está presente el poder maligno que corroe la relación con la criatura, lo heredado y no adquirido es la muerte que ronda los bosques, un mensaje inapelable que lleva a los viajeros al abismo de su ceguera.

El enigma que promueve el interés por las fronteras del sujeto es una nueva alianza con el mensaje que atrae, desde el fondo de lo caído, la esperanza de advenir alguien que se encuentra con el límite de su castración.

(El final)

El desvalimiento inconsolable causó una pena que enajenó al sujeto que busca merecer la pena

El final es la castración, que hace de frontera ante lo imposible, en una nueva concepción que parte desde lo que no se puede soldar en la realidad, ya que se aloja en la falla de la división, que hace de cada uno un singular sujeto incompleto. Este sujeto se debate entre la represión adquirida por las satisfacciones de la experiencia y la originaria, que no fue y es causa del trauma que se gesta en dos tiempos. El tiempo que separa un origen perdido de lo que es originario es una simiente de la potencia efímera de la fantasía, y también lo es del fantasma que lo petrifica.

Lo que se encarna en el trauma usa defensas radicales que repiten lo que atrae de la fusión ideal con el fantasma. El ideal solo es posible en un encuentro desastroso con el triunfo del fracaso, que, fijado al origen de lo perdido, es la perdición patética. En la experiencia se juegan las relaciones accidentales, que pueden ser la clave que abre y cierra lo que se repite en el encierro para descubrir el enigma. El enigma del singular secreto, que, en cada uno, entroniza o derroca lo que se apega al fantasma. El misterio de cada uno está ligado a la interpretación, de lo que, aun siendo heredado, logra transformarse en adquisición de la experiencia que le pone un freno. El freno a la obediencia ciega es la misteriosa potencia que introduce otros principios amorosos en la relación con los otros y con el mundo para dar valor a la construcción subjetiva; que es también el motor de la potencia creativa de una magia subjetiva, que tramite el dolor y la ausencia, las que no quedan cautivas en un ensimismado vivir resucitando lo muerto. El hombre hecho a sí mismo está fijado a la memoriosa desmemoria de un trauma que reinterpreta el mensaje en clave de dedo acusador puesto en la llaga de su impotencia.

Esta herida habla de un sentir esclavo de una merecida humillación en la vida y el sexo, a tal punto que sospecha y desconfía de dejarse querer (malamente), buscando restaurar la causa de lo perdido.

Milagros me escribió un correo (literal)²

Doctora quería hablarle al respecto de que yo quiero tratar mi situación es solo que mi mente no llega asimilarlo. Como real mi mente no puede asumir que eso paso yo lo visualizo como algo que no ocurrió pero todo ese odio y rechazo que he tenido siempre hacia mi desde muy pequeña no tiene explicación pero como mi mente puede eliminar recuerdos estoy muy confundida pero si me gustaría verlo disculpe y espero pueda considerar verme a mi en estas condiciones.

La magia que derroca el poder de la majestad narcisista, porque deja ver al sujeto roto de otro modo, es un singular coraje, que no es resignación, ni cobardía, sino confianza que reclama un trato justo para perder lo que esclaviza por no saber perder. Cuando lo perdido ya no arrebató el gusto por vivir, el placer da a la vida otra meta, desprendida del tenaz orgullo de la herida, y el sujeto se encamina a la destitución del triunfo narcisista. Del narcisismo anclado a una infantil exigencia quedan rescoldos en el ideal del yo, protector del derecho a una propuesta no ignominiosa. Esta alternativa conjuga en el sujeto su caída, con lo que deja caer junto al yo ideal, para construir otra realidad efecto del obrar creador de la confianza. Esta confianza es incierta, la sublimación es potencia vulnerada que dice basta y crea algo nuevo, que da voz a la criatura donde resuena el dolor y el coraje para no dejarse torturar y contribuir a transformar el malestar que aloja la cultura.

**(Lo inviolable se recluye en el trauma que atesora el porvenir)
Atacando el cuerpo indefenso y expectante de amor se destruye
la morada digna de la criatura humana**

El porvenir de la desilusión aguarda a ser escuchado en el resonar del arca vacía de una alianza que ponga un final, un contra punto al

² Se ha querido mostrar el texto del email original, tal y como lo escribió la paciente aún con errores ortográficos y de redacción.

actuar intercambiando vivos por muertos. El cuerpo guarda la huella de un arrebató invisible, que el trauma perpetra como cancerbero del encierro. El cancerbero vigila lo que le tiene seducido por el poder de una amenaza que cautiva la existencia de una criatura sagrada que yace en la urna de sus cenizas. Lo que destruye a la criatura en el sujeto incompleto es no poder pensar la caída que le usurpa el cuerpo, subyugado a la amenaza que prohíbe la representación de la violación que habita en un extraño lugar no nato del cuerpo, que fulmina por entero un mundo sin derecho.

El trauma que consume su siniestro efecto autodestructivo se conduce hacia la puerta de entrada en pos de la omnipotencia de la eterna supervivencia. Seducido por el poder que engendró la causa, mata al efecto en la criatura en camino para deshacer la vergonzosa vulneración que amputó su voz. La falta es aliento de la representación de una justicia, que dé derecho a la voz humana a existir en un inviolable don sagrado de la vida, que al desfallecer ve lo caído sin solución.

Lo inconcluso es lo que no tiene solución y es *lo que no hay*, que, sin embargo, alberga la vida en la posibilidad de un don, de un amor. Lo que no fue un crimen perfecto, ni simétrico por la desproporción del daño padecido, es conciliación con la perturbación, que nos conduce a la ironía de ver lo inaceptable del radicalismo. La verdad deja ver que no merece la pena ni el supremo poder, que tapa la pérdida, ni la persecución de la razón única. La locura del trauma empuja a reconocer lo inexplicable, que vale la pena escuchar, ya que no hay razón que asista a la miseria de la degradación que corrompe los vínculos. Esta corrupción atropella a la criatura, que se vuelve loca asumiendo el absoluto poder restaurador en el retoño que se debe al triunfo de la muerte. Lo que vuelve loca a la criatura es el absoluto poder de dar la razón a un emparejado doble que le hacer cargar con su muerte.

La criatura, obediente al imperativo salvador que la ciega, es un ser objeto amado por un amante progenitor que no la ve a ella, sino al reflejo de su muerte. Lo perdido en la mirada recae sobre el ser indefenso del retoño en un espejo cautivo del espejismo de la plenitud.

Atravesar el fantasma y destituirlo cabe dentro de los horizontes del fin de análisis.

El dolor es un lugar fértil, un fruto de la simiente que germina en la tierra del cuerpo de la experiencia, que desde sus grietas nos empuja a gritar y llorar. Representar el abismo de una concepción que rompe el espejo es hallar los fragmentos de identificaciones que habitan satisfacciones inconscientes. En el final se busca reconocer los restos que dejaron un rastro del loco estallido de una majestad de patética perdición. La vida destinada a ser salvadora de la muerte es un terrorífico enredo en aspiraciones constructoras de monstruos (Frankenstein) nada sublimes, sino absolutas maquinas demoledoras.

**(Algo huele a podrido en el reino del poder salvador)
¿Cómo existiendo la pulsión de muerte enraizada en el cuerpo,
nace el principio de placer?**

La majestad de la herida narcisista perpetúa la sed que corrompe el cuerpo, añadiéndole un sufrimiento que lo convierte en moneda de cambio. Este destino de la identidad impone una polarización en la que todo es blanco de una bondad contra lo negro de la crudeza del mal. Los sistemas totalitarios quieren corromper el dolor, que huele a putrefacción y a debilidad, sometiéndolo a un sufrimiento que le añade expiación devota de una heroica redención. Lo primordial es manipular a los súbditos con la distorsión del lenguaje, que hace necesario el bello sufrimiento del sacrificio que restaura el absoluto ideal de pureza del alma. Esta belleza anclada al lenguaje heroico hace que el sujeto quede desarraigado del acceso a la realidad del dolor. El individuo anclado al gozo de lo real actúa como si fuese invulnerable, armado con el mortificado malestar que tapa las grietas. El poder de la cultura totalitaria encarna ideales de belleza del alma, que depuran el cuerpo de la estirpe de los titanes y abonan con su estiércol a los desahuciados

Lo más liberador que puede hacer el análisis es autorizar a cada uno a escuchar la tragedia que sujeta su singularidad, aquí y ahora es desfallecer presente en el arraigo de una presencia real que mueve a

cambiar la realidad. Nos centramos en el sujeto, porque eso es lo que hace que cada vida importe, incluso si ocurre en tiempos de grandes turbulencias y amenazas. Lo que nos interesa es escuchar a la persona arrebatada por grandes olas que hacen inaudita su historia. La tragedia de cada uno está ligada a la del otro, que se viste de palabras que arropan al sujeto con un relato de lo que ya no puede recuperar y para lo que no hay consuelo. El acceso a la realidad del exilio hace posible la renuncia para dar vida a la voz que desobedece el mandato, ese que había dejado mudo y cautivo el dolor, de un desconsolado sufrimiento que parece heroico. La renuncia no es sumisión y no es tampoco resignación, es la potencia de la apropiación del significante que da nombre a la ley. La ley evoca la rebeldía ética, ante el patrón, de lo que quedó incorporado en el ser rehén del desconsuelo de la huida al paraíso.

Es imperdonable un crimen que atenta contra la humanidad como género, subvirtiendo un valor tan elemental como el derecho a la vida partida, por las diferencias de sexos y generaciones. El odio que niega al otro el derecho a la vida, y al mismo tiempo le inviste con el poder del enemigo mortal, se ejerce con la arbitrariedad del abuso del poder.

El odio que reniega de sus propias fronteras subjetivas erige el mandato individual de quien ama el todo bien contra el mal. Esta moral de esclavo está anclada al ideal de un goce de superior jerarquía que posee la clave de la vida digna o indigna.

En función de esta aspiración ensimismada en la salvación de una existencia sin sombra, reina el todo poder de un fantasma que recorre la inexistencia de la vulnerable condición de la criatura humana.

Esta expectativa bebe en la fuente del crimen justiciero, de tomarse la justicia con la mano diestra y adiestrada por el trauma, que mata lo siniestro. Es el gesto fratricida de Caín, repitiendo justo el ominoso crimen del don de la vida; donde no cabe el otro, no hay enigma, hay condena a penar. Lo que actúa en el crimen perfecto es el éxito del desdoblamiento que escinde lo bueno y lo malo, usurpando la alternativa de un acuerdo. Lo perfecto mata la confraternización que gesta la criatura en camino de asumir la indefensa condición vulnerable. La

realidad de quien no tuvo palabras y fue la palabra del amo alcanza resonancias en la voz que tiene relevancia en la apertura del trauma.

Y creo que reflexiones como ésta no sólo acompañan mis propios esfuerzos, sino también las de otros poetas de las nuevas generaciones. Son los esfuerzos de aquel a quien sobrevuelan estrellas, obra del hombre, y que, sin amparo, en un sentido inimaginable hasta ahora, terriblemente al descubierto, va con su existencia al lenguaje, herido de realidad y buscando realidad. (Celan, 1958)

Para Paul Celan en el poema yace una cuestión ética y política, lo que se puede narrar de la estancia en un lugar que parece extraído de las visiones.

Los poemas están de camino, rumbo hacia algo. ¿Hacia qué? Hacia algo abierto a lo no culpable, tal vez hacia un tú asequible, hacia una realidad responsable de elegir lo accesible a la representación de palabra.

(El corazón humano parte de un dolor que da voz a la criatura en camino)

Las caídas sin solución del amor por lo desconocido de una fuente perdida no logran saciar su sed

El amor nos mueve a vivir y a desear transformar la fuente de lo perdido en la potencia de la falta que nos empuja a escribir una novela familiar. Una novela concebida en una lengua extranjera que, al estar afectada por lo caído, nos invita a errar.

Una novela que, como la escrita por Sara Mesa, *Un amor*, nos deja entrever lo que resuena en lo cautivo. Un lazo fijado al desamor crea la fiereza del odio de un trauma, que nos hace desaparecer en la realidad visible errando por una existencia cautiva en una identidad de perro apaleado. Una identidad que encarna un espejismo de lo que no fue, para ser un paraíso, donde lo perdido reina con la majestad de una razón unívoca que encaja un querer todo siendo la nada.

¿Qué acontece si toda forma de lograr un amor queda adherida a la repetición del querer incauto? La pasión incauta de quien aparece

sin malicia, engatusado por el maligno poder de una sagrada salvación que borra las heridas, y que se condena a ser chivo expiatorio.

¿Es el trauma un acontecimiento que arrebató al sujeto la cautela del misterioso sinsentido del don de la vida por venir y lo sedujo con un total sentido de amparo frente a un desvalimiento insoportable?

El daño padecido tiene algo que ver con el repudio de la criatura desvalida, en la que solo se ve un fracaso total, una maligna insuficiencia, una causa del mal. ¿Qué hay de sospechoso en mi existencia? Algo por lo que merezco castigo, que es una potencia que el trauma busca descifrar. ¿Puede el sujeto descifrar el secreto de un asesinato perpetrado repetido desde su ideal del yo?

Puede cuestionar lo que cautivó de la pasión por una existencia abortada, que lo condenó a ser una incauta víctima que habita en un cuerpo extraño, que posee toda la razón de una vida meritoria de un amor mortificado por el goce que sostiene.

Desapoderar el trauma de lo que cautiva y seduce al sujeto, como si estuviese atravesado por un crimen que no puede soñar, porque es sufrimiento expiatorio de la culpa, ¿le llevaría a ser peligroso?

¿Cómo puede el sujeto dejar a ver el daño y la rabia, que lo atrapó siendo reo de la culpa, y rehén de un reto autodestructivo empeñado en contradecir una totalidad que se adueña de su determinación?

¿Qué determinación encarna la mortificación que contraactúa la maldición del *nadie te querrá*, no eres digno de desear, porque asesinas al ideal?

El ser nadie queda anclado al poder que mortifica con un gozoso triunfo total, supuesto a la independencia de un saber ideal, de autónomo desprendimiento de lo que implica no querer nada de nadie. Este gigantesco ideal tapa lo que yace bajo la maldita amenaza, total, encapsulada en un cuerpo extraño de cristal. Como un diamante en bruto, la burbuja del trauma encapsula lo frágil y su pétrea coraza. Y es, al mismo tiempo, un desfallecer, como el del naufragio del Titanic, anclado a una supervivencia propia del mito de los titanes, que con sus gigantescas proporciones gobernaban el mundo al principio de la creación.

Esta exigencia ideal hace que el sujeto se empeñe en un antitético afán de superación del dolor de su vulnerabilidad, encarnando una fuerza meritoria y extenuante que apuesta por una soberbia salvación que le quita existencia a la criatura dañada.

El ser indómito está cautivo por un daño cruel que azotó la existencia del sujeto para partirlo contra la carga que le hace presa de una cólera, tan destructiva como redentora, como si fuese la única razón de una invisible existencia que promete ser venganza y resurrección. El trauma que derrumbó la potencia de representar una alteridad indómita descabeza al sujeto que encarna la pasión de un amor pleno de razón.

Soñamos para ver a la criatura que fue descuidada sin miramientos, atacada por la pasión violenta que explota su indefenso cuerpo, atado a una desvalida existencia que depende del amparo de un amante erótico para sobrevivir.

La pasión de un amor cautivo, de una todopoderosa razón superviviente, repite una muerte psíquica que dominó la mirada certera del yo, invigilando un poder pleno que deja invisible a la criatura y mudo su existir doliente, repudiado y perseguido. Reprobado por ser el germen del mal, una criatura destinada a asesinar el equilibrio, establecido como lo absolutamente necesario para tapar lo imposible de un supremo bien para todos los que pertenecen a la esfera del poder total. El dolor de la criatura en un camino establecido por su amo muda la existencia vergonzante en exigencia de no ver lo roto del desastroso desgarro de un equilibrio, que le destina a desaparecer en forma de fantasma redentor.

El poder de la solución final vela por cautivar el principio en unos principios cautivos de un poder alienante destinado a doblegar a la criatura, alineando su rebeldía en una colérica pasión obediente de la destrucción de su deseo de vida. Pero el trauma habla de una potencia encaminada a la errancia que transita, por lo que implica poner un final a lo que, sin solución de continuidad, es despertar de una simiente que germinará en otra forma de elegir existir enlazada a una inconsciente satisfacción. Esta satisfacción inconsciente pone al sujeto ante lo particular de su división y le sitúa en el conflicto

que le pone en relación con la contradicción de una alteración. Las discordancias brindan al sujeto una alternativa para llegar a acuerdos con el otro, que esta tanto dentro como fuera del dominio del saber, y deja ver que el no saber que habita en el cuerpo da voz a la verdad de su dolor. Lo que despoja al sujeto está en lo que cautiva su división, para dar voz a la verdad de un trauma que le hizo ser invisible e inviable, si permanece sometido a la amenaza que elimina su singular potencia subjetiva. Lo que altera al sujeto es el miedo y el deseo, que alertan, de lo que habla un idioma sintomático que busca un compromiso. Los síntomas, los sueños, la psicopatología de la vida cotidiana nos dejan ver lo que no hay en la distancia, la separación entre una existencia enamorada del enajenante poder de un amor: pura salvación, y la potencia del coraje de asumir el propio desfallecer por la falta es otra forma de amar.

RESUMEN

El trauma es un sufrimiento psíquico que el hombre pone en marcha un lapso después de que su cuerpo fuese golpeado. El primer tiempo es mudo, en el cuerpo desaparece el pensamiento, el impacto deja una excitación innombrable que rompe el cuerpo. La persona se viste de una máscara con la que se apeg a lo que la dañó para hacerlo invisible, y esto mismo va minando su vulnerado lugar en el mundo. Posteriormente llega el momento en el que el sujeto pone en juego una identificación con el agresor, que controla el dolor y vuelve a perturbar la relación con los otros en función del rastro que había quedado incrustado en el cuerpo extraño, que condiciona su arrebato en un sinsentido. Estos procesos cautivan un lugar corporal que violenta al sujeto, que no sabe qué es lo que le hiere ni lo quiere transmitir. El enigma permanece indescifrable en el cuerpo y repercute en las relaciones de amor. Los lazos con la realidad, que giran en torno a una cripta de gozoso poder, atacan el deseo por lo desconocido del dolor. El sujeto atado al daño parece poseído por una cólera autodestructiva, que le asusta y busca descifrar. En este artículo transitamos por el enclave propio del trauma, que actúa ex-

propiando el cuerpo de un sujeto dividido que, sometiéndose, repite un escenario donde regresa al origen de la pérdida.

Palabras Clave

Trauma, repetición, caída, dolor, sufrimiento, satisfacción inconsciente, final, mortificación, gozo, cólera, coraje, deseo y amor.

BIBLIOGRAFÍA

- Calderón de la Barca, P., (2017), *El príncipe constante*, Madrid, Cátedra
- Calderón de la Barca, P., (2015), *La vida es sueño*, Madrid, Cátedra
- Carroll, L., (1980), *Alicia en el país de las Maravillas*, Madrid, Alianza Ed.
- Celan, P., (1999), Discurso con motivo de la concesión del premio de literatura de la ciudad hanseática libre de Bremen, *Obras Completas*, (trad. Jose Luis Reina Palazón), pág. 497, Madrid, Trotta
- Freud, S., (1976), *Más allá del principio del placer*, Buenos Aires, Amorrortu Edits., OC, tomo XVIII
- Freud, S., (1976), *El malestar en la cultura*, Buenos Aires, Amorrortu Edts., OC, tomo XXI
- Freud, S., (1976), *Análisis terminable e interminable*, Buenos Aires, Amorrortu Edits., tomo XXIII
- Goethe, J.W.v, (2015), El rey de los alisos, *La vida es buena. Cien poesías*. Barcelona, Visor Libros. https://es.wikipedia.org/wiki/Der_Erlk%C3%B6nig
- Hesiodo, (2013), *Teogonía, Trabajos y días, Escudo, Certamen*, (trad. Adelaida Martín Sánchez y Marian Ángeles Martín Sánchez), Madrid, Alianza Ed.
- Kafka, (2012), Ante la ley, *Ante la ley*, (trad. Juan José del Solar), pág. 181, Barcelona, Mondadori
- Mesa, S. (2020), *Un amor*, Barcelona, Anagrama
- Ovidio, (1995), *Metamorfosis* (trad. Consuelo Álvarez y Rosa Mª Iglesias), Libro III, pag. 293, Madrid, Cátedra

Soler, C. (1988), *Finales de análisis*, Buenos Aires, Manantial
Winnicott, D.W., (1979), *Objetos y fenómenos transicionales* (1951),
Escritos de pediatría y psicoanálisis, Barcelona, Ed. Laia